

## LUIS NAPOLEÓN Y LA SEÑORITA DE MONTIJO

---

### I

#### LA INFANCIA DE LUIS NAPOLEÓN

Hortensia de Beauharnais, cuyo tercer hijo fué el emperador Napoleón III, nació en París el 10 de abril de 1783. Su padre, el general vizconde Alejandro de Beauharnais, que fué presidente de la Asamblea constituyente y general en jefe del ejército del Rhin, murió guillotinado el 23 de julio de 1794, en la época del Terror, á pesar de los servicios prestados á las ideas liberales y á la Revolución. Su mujer, la vizcondesa de Beauharnais, cuyo apellido paterno era Tascher de la Pagerie, era encerrada al mismo tiempo en la cárcel de los Carmelitas, y si se libró del cadalso fué por la caída de Robespierre. El 9 de marzo de 1796 se casó con el general Bonaparte, quien colmó de beneficios á los hijos que había tenido de su anterior matrimonio, Eugenio y Hortensia. El 4 de enero de 1802, Hortensia contrajo matrimonio con Luis Bonaparte, nacido en Ajaccio el 2 de septiembre de 1778, tercer hermano del primer cónsul. El 10 de octubre de 1802 dió á luz un hijo, Napoleón Carlos, que murió en el Haya en 1807; el 11 de octubre de 1804 otro que falleció en 1831 en Forli, cuando la insurrección de las Romañas, y el 20 de abril de 1808 un tercero, que fué el emperador Napoleón III.

No le faltaron honores á Luis Bonaparte. Había sido nombrado general de división, príncipe, condestable, comandante de la plaza de París, y tuvo el encargo de organizar un ejército destinado á proteger el Norte de Francia, los astilleros de Amberes y la Holanda. Luis salió tan airoso de su cometido, que se hizo mención de él en la orden del día de un boletín del grande ejército. Entonces fué cuando dijo á su hermano: «Basta ya de grandezas y de gloria: no tengo más que un deseo: vivir tranquilo y retirado.» La respuesta del emperador fué proclamar á Luis rey de Holanda, el 5 de junio de 1806, en Saint-Cloud. El nuevo rey y la reina Hortensia hicieron su entrada solemne en el Haya el 23 de junio.

A pesar de su brillante posición, Hortensia distaba mucho de ser feliz. Su

enlace con Luis Bonaparte no había sido por la una ni por el otro un matrimonio de inclinación. Entre ambos esposos había una incompatibilidad de caracteres que fué aumentando de día en día. Sin embargo, la muerte de su hijo mayor, el príncipe real, causada por el crup el 4 de mayo de 1807, les causó un dolor que determinó entre ellos una avenencia momentánea, y entonces se marcharon á Cauterets. Su reconciliación parecía completa y se la tuvo por definitiva cuando circuló la noticia de que la reina estaba otra vez encinta. Pero no sucedió así, pues esta circunstancia fué precisamente el origen de una nueva desavenencia entre los dos esposos. Hortensia quiso dar á luz en París, y obtuvo del emperador la autorización necesaria contra la opinión de su marido, que regresó solo al Haya, profundamente resentido.

El palacio de la reina Hortensia en París estaba situado en una calle que se llamaba entonces de Cerutti y hoy lleva el nombre de Laffitte; en la actualidad tiene el número 17. Allí nació el futuro emperador á la una de la madrugada del miércoles 20 de abril de 1808. Anuncióse el nacimiento del príncipe con salvas de artillería en la vasta extensión del Imperio, desde Hamburgo hasta Roma y desde los Pirineos hasta el Danubio. El recién nacido fué bautizado por el cardenal Fesch. Como el emperador estaba ausente, al pronto no se le puso ningún nombre, y hasta el 2 de junio no se le dieron los de Carlos Luis Napoleón. En el Senado se había depositado un registro de familia, destinado á los hijos de la dinastía napoleónica: era como el gran libro de los derechos de sucesión imperial. Carlos Luis Napoleón fué inscrito en este libro; el único príncipe que figuró después en él fué el rey de Roma.

Luis Napoleón no fué mucho tiempo príncipe holandés. Su padre el rey Luis no quiso aceptar el papel de prefecto coronado. Riñó con el emperador, cuyas exigencias le parecían incompatibles con la independencia y la dignidad de la nación holandesa, y el 1.º de julio de 1810 firmó en Harlem su abdicación en favor de su hijo mayor Napoleón Luis, y á falta de éste, en el de su segundo hijo Carlos Luis Napoleón. Acompañaba al acta una alocución á los holandeses en la que decía: «Jamás olvidaré á un pueblo tan bueno y virtuoso como el vuestro; mi último pensamiento, lo propio que mi postrer suspiro, serán por vuestra felicidad. Ahora que la malevolencia y la calumnia no pueden ya alcanzarme, al menos en lo que me concierne, tengo la fundada esperanza de que por fin recibiréis la recompensa de todos vuestros sacrificios y de vuestra animosa perseverancia y resignación.» Temeroso de que intentaran apoderarse de su persona, el rey no quiso que se publicasen las dos actas hasta después de su partida, que efectuó el 2 de julio á media noche. Abrazó llorando á su hijo mayor, al que dejaba en Harlem, y salió secretamente de su pabellón, á pie, por el jardín, para subir á su coche. En este momento dió una caída que estuvo á punto de impedirle marchar. Sólo llevaba diez mil florines en oro y sus condecoraciones de brillantes. Envió un consejero de Estado holandés á Plombières, donde á la sazón residía la reina Hortensia, para rogarla que se encargara de la regencia en

nombre del príncipe real; pero la reina no tuvo tiempo de aceptar el puesto, porque á los seis días de la abdicación del rey el emperador promulgó un decreto anexionando la Holanda á Francia. El general Lauristón, uno de sus ayudantes de campo, fué á buscar al príncipe real y le llevó á París, donde se lo entregó á su madre.



El general Alejandro de Beauharnais, abuelo materno de Napoleón III

Tomando precauciones para que no le detuvieran por el camino por orden de su hermano, Luis buscó un refugio en Bohemia y llegó el 9 de julio á Tœplitz. Cuando supo que el emperador había desconocido los derechos de su hijo, dirigió una protesta á todas las potencias. M. Decazes pasó á Tœplitz para inducirle en nombre de Napoleón I á regresar á Francia; pero el rey destronado se negó y fué á refugiarse á Gratz, en Estiria, donde residió hasta 1813.

La satisfacción de tener á su lado á su primogénito y de consagrarse en París á la educación de sus dos hijos fué para Hortensia cumplida compensación de la pérdida de una corona. El emperador trataba á los jóvenes príncipes con gran bondad. El 10 de noviembre de 1810, el más pequeño, Luis Napoleón, y los hijos de muchos grandes personajes del Imperio (príncipe de Neufchatel, duque de Montebello, duque de Bassano, duque de Cadora, duques de Treviso,

de Bellune, de Abrantes, condes Dejeán, de Cessac, de Beauharnais, Rampón, Daru, Duchatel, Capulli, Lauristón, Lemarrois, Defrance, de Turenne, de Lagrange, Gros y Becher, y barones Curial, Colbert y Gobert) fueron bautizados solemnemente en la capilla del palacio de Fontainebleau, siendo padrinos el emperador y la emperatriz María Luisa: se cantó una misa con música de Lesueur, y fué oficiante monseñor de La Roche, obispo de Versalles. Al salir de la capilla, el emperador dijo, aludiendo al estado interesante de María Luisa: «Señores, confío en que dentro de poco tendremos que bautizar otro niño.» Al día siguiente envió á la reina Hortensia un magnífico collar de perlas finas, cuyo broche era un zafiro rodeado de brillantes. Todas las personas de la servidumbre de la reina que habían asistido á la ceremonia recibieron también ricos presentes; Luis Napoleón pasó de manos de su nodriza Mme. Bure á las de su aya Mme. Boubers y de Mlle. Cochelet, lectora de la reina. Se le dió por preceptor al P. Bertrand, y á su hermano al célebre helenista M. Hase.

El nacimiento del rey de Roma no amenguó en nada el afecto del emperador á sus sobrinitos. Su madre los educaba bien, esforzándose por persuadirles que no eran más sino lo que ellos mismos pudieran valer. Prohibía que se les diera los calificativos de Monseñor y de Alteza imperial, y con frecuencia se les llamaba «Napoleoncito, Luisito.» Después de hacer á sus hijos preguntas sobre lo que ya sabían, Hortensia pasaba revista á todo lo que necesitaban saber para bastarse á sí mismos y crearse recursos que pudieran asegurar su existencia. Un día que los tenía sentados sobre las rodillas, les preguntó:

- Napoleón, si no tuvieras absolutamente nada y estuvieses solo en el mundo, ¿qué harías para salir de apuros?
- Me haría soldado, y me batiría tan bien que me nombrarían oficial.
- Y tú, Luis, ¿qué harías para ganarte la vida?
- Vendería ramitos de violetas como ese niño que se pone á la puerta de las Tullerías y á quien le compramos todos los días.

El segundo emperador ha consignado los recuerdos de los primeros años de su infancia en un fragmento de sus Memorias que la emperatriz Eugenia ha facilitado á M. Blanchard Jerrold, y que éste ha publicado en inglés en su interesante obra *The Life of Napoleon III*, de la cual tomaremos muchos documentos.

«El primero de mis recuerdos, dice el emperador, se remonta á mi bautismo, pues fuí bautizado á la edad de tres años..... Mi memoria me traslada en seguida á la Malmaison. Aún me parece ver á la emperatriz Josefina en su salón de la planta baja acariciándome y halagando ya mi amor propio con la importancia y el aplauso que daba á mis ocurrencias. Porque mi abuela me malcriaba en la verdadera acepción de la palabra, mientras que mi madre, por el contrario, procuraba corregir mis defectos y desarrollar mis buenas cualidades. Recuerdo que al llegar á la Malmaison mi hermano y yo podíamos hacer cuanto se nos antojase. La emperatriz, á quien le gustaban con pasión las plantas y los inverna-

deros, nos permitía cortar las cañas de azúcar para chuparlas, y siempre nos decía que pidiésemos cuanto quisiéramos. Un día en que nos hacía este mismo encargo, la víspera de una fiesta, mi hermano, que tenía tres años más que yo



La emperatriz Josefina, abuela materna de Napoleón III

y era por consiguiente más sentimental, pidió un reloj con el retrato de nuestra madre. Pero yo, cuando la emperatriz me dijo: «Luis, pide lo que más te guste,» le pedí que me dejara ir á chapotear por el barro con los chiquillos callejeros.»

El emperador cuenta de este modo la decidida afición que tenía á las cosas militares: «Como sucede á los niños, pero á mí más tal vez que á todos, los soldados atraían mis miradas y eran el asunto de todos mis pensamientos. Cuando podía escaparme del salón en la Malmaison, corría hacia la escalinata donde había siempre de guardia dos granaderos. El centinela, que sabía quién era yo, me contestaba riendo y con cordialidad. Recuerdo que le decía: «Yo también sé